

## LOS TRASLADOS DEL TRONO DE LA VIRGEN DE LAS NIEVES EN SUS FIESTAS LUSTRALES

### THE TRANSFERS OF THE THRONE OF THE VIRGIN OF THE SNOWS IN THEIR LUSTRALS CELEBRATIONS

JUAN DE LA CRUZ RODRÍGUEZ\*

#### RESUMEN

Se habla de la historia de estos traslados desde sus inicios hasta nuestros días, describiendo los rituales que han permanecido invariables, así como las nuevas maneras que se han incorporado en la actualidad, especialmente en el traslado de la bajada. Se recomienda velar para preservar las esencias originales de este ritual único en nuestra región.

*Palabras clave:* traslado; trono; ritual votivo; ajuar; fiestas lustrales; romería; Santa Cruz de La Palma.

#### ABSTRACT

We talk about the history of throne transfers from its beginnings to the present day, describing the rituals that have remained unchanged, as well as the new ways that have been incorporated today, especially in the transfer of the descent. It is recommended to watch to preserve the original essences of this unique ritual in our region.

*Key words:* translation; throne; votive ritual; household furnishings; lustrals celebrations; pilgrimage; Santa Cruz de La Palma.

Las bajadas lustrales de la Virgen de las Nieves (Santa Cruz de La Palma) fueron fundadas por el obispo de Canarias Bartolomé García Ximénez en 1676. A partir de entonces se organizaron los traslados de la venerada imagen y de su ajuar, cada vez más rico gracias a las generosas aportaciones de los fieles que se fueron incrementando con el transcurso del tiempo, a medida que su fama de milagrosa se difundió por las islas y América, principalmente.

El inicio de la llevada del ajuar desde su morada en el santuario de Las Nieves hasta la parroquia de El Salvador, en el centro histórico de Santa Cruz

---

\* Museo de Historia y Antropología de Tenerife. Calle San Agustín, n. 22. 38201 San Cristóbal de La Laguna. Correo electrónico: [jdacruz@museosdetenerife.org](mailto:jdacruz@museosdetenerife.org).

de La Palma, se remonta a fechas tan tempranas como 1735, primera Bajada en la que se estrena el sillón de viaje sufragado por el vizconde del Buen Paso D. Cristóbal del Hoyo-Solórzano en 1733. Con anterioridad se trasladaba en las andas de baldaquino de plata ya existentes tres años después del primer trayecto lustral de 1680. Por tanto, podemos pensar que desde que la patrona fue transportada en su sillón de viaje, hubo que trasladar hasta la capital de la isla, antes de su llegada, las andas de baldaquino de plata con otras piezas de su ajuar para ser usadas en los diferentes actos acaecidos en sus quinquenales mudanzas. Dentro del conjunto merece especial mención el trono de plata en forma de altar-túmulo, habitualmente montado en su ermita. Es de suponer que a medida que transcurrían los años y el ajuar se incrementaba, las comitivas de porteadores y acompañantes serían más concurridas, pudiendo asegurarse que el protocolo ritualizado que conllevaba esta traslación se fue configurando a partir de la tercera década del siglo XVIII.

La construcción del trono se dilató durante un largo periodo, pues se comenzó en 1708 y se completó con la adición de la grada más alta en el año 1733; pero podemos decir que su finalización no ha concluido, dado que las aportaciones de nuevas piezas continuó casi hasta nuestros días, teniendo en cuenta que el último tramo de la parte superior fue donado por José Duque Martínez en 1967 y estrenado en la Bajada de 1970<sup>1</sup>. En la actualidad, el trono se compone de cuarenta y dos piezas, a las que habría que añadir seis faroles, las andas procesionales, el sagrario, candelabros, jarrones, barandas y otras piezas menores que completan este singular túmulo, único en Canarias, que siguió las trazas del que en su día tuvo la Virgen de Candelaria en Tenerife, ya desaparecido<sup>2</sup>.

Las más tempranas alusiones a este traslado proceden de la *Descripción Verdadera de los solemnes Cultos y célebres funciones que la mui noble y leal ciudad de Sta. Cruz en la ysla del Señor San Miguel de La Palma consagró María Santísima de las Nieves en su vaxada en el quinquennio de este año de 1765*<sup>3</sup>. Nueve bajadas más tarde, concretamente en 1815, tenemos otra

<sup>1</sup> POGGIO CAPOTE, Manuel. «Las Romerías del Trono de la Virgen de las Nieves». *Crónicas de Canarias*, n. 11 (2015), pp. 507-525.

<sup>2</sup> PÉREZ MORERA, Jesús. «Oro, plata y gemas: el tesoro y el joyero de la Virgen de Candelaria». En: Carlos Rodríguez Morales. *Imagen y reliquia: nuevos estudios sobre la antigua escultura de la Candelaria*. La Laguna: Ayuntamiento de La Laguna, 2018.

<sup>3</sup> Véase: PÉREZ MORERA, Jesús. «Notas». En: *Descripción Verdadera de los solemnes Cultos y célebres funciones que la mui noble y leal ciudad de Sta Cruz de la isla del Señor Miguel de La Palma consagró a María Santísima de las Nieves en su vaxada en el quinquennio de este año de 1765*. Edición de Antonio Abdo y Pilar Rey. [Santa Cruz de La Palma]: Escuela Municipal de Teatro, Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma, 1989, p. 68; POGGIO CAPOTE, Manuel. *Op. cit.*

curiosa descripción de los festejos en la que se menciona la bajada del trono como un acto ya configurado, con la curiosidad de relatar cómo los *gigantes* salían al encuentro de la comitiva cuando eran avisados de que el cortejo llegaba al morro de La Encarnación. El relato dice así: «En éstas y otras hizo seña el morro de venir ya el trono que siempre es uso traerlo dicho día; a este tiempo llegaron los gigantes al barranco y después de haber bailado allí fueron a encontrar el rancho. [...] Llegó en fin el rancho de trono, andas, barandas, sagrario, perillas, gigantes, clarín, banderas, tambores, ramos, etc.»<sup>4</sup>.

En las quinquenales celebraciones de la Bajada de la Virgen se hacía necesario el transporte de los elementos descritos desde la parroquia de Las Nieves hasta la de El Salvador; y lo que en su día debió ser una tarea rutinaria de acarreo se fue consolidando como un cortejo festivo que, como hemos visto, en las primeras décadas del siglo XIX tenía entidad propia y se encontraba perfectamente definido con los porteadores y otros concurrentes que se sumaban con tambores, ramos, palmas, banderas, cantos festivos y demás, en un acto ritualizado cargado de simbolismo que se mantuvo casi invariable hasta la década de los años sesenta del siglo pasado.

Se bajaba el trono y el ajuar para que cuando la Virgen llegara a la parroquia de El Salvador tuviera todo dispuesto para ser entronizada; de igual manera había que subirlo a su ermita, de tal forma que a su regreso se encontrase todo arreglado para recibirla. Ambas comitivas festivas se desarrollaban con igual fin de traslado; pero con distintos protagonistas, diferente ruta y dispar espíritu. En la traída del trono, eran los vecinos de la demarcación capitalina los que se agrupaban para llegar hasta Las Nieves y mudar el rico ajuar hasta el centro; para la llevada de regreso, eran los vecinos de los barrios aledaños a Las Nieves los que se acercaban a Santa Cruz para subirlo hasta la ermita. Esta primera cuadrilla de traída era más numerosa y su espíritu festivo se transmitía a su paso por el recorrido desde el santuario por el camino de La Dehesa, El Planto, La Encarnación y la calle Real, como un anticipo de la gran celebración que comenzaba con este acto de transporte del trono.

En los años cuarenta del siglo XX, figuran en los programas de las bajadas alusiones a la traída del trono en las que se exhortaba a los participantes a vestir los trajes típicos, estableciéndose premios para las *rondallas más numerosas y mejor ataviadas* y, de igual manera, para la mejor *pareja regio-*

<sup>4</sup> PÉREZ GARCÍA, Jaime (ed.). *Descripción de todo lo que pasó en la Bajada de Nieves en La Palma, año de 1815*. [Santa Cruz de La Palma]: Cabildo Insular de La Palma: Escuela Municipal de Teatro, Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma; CajaCanarias, D. L. 1997, p. 35.

*nal*. Este hecho de lucir las galas locales en el traslado fue adquiriendo singular relevancia con el paso de los lustros, al incrementarse de forma notable la presencia de participantes que se hacían eco de esta sugerencia. A partir de la década de los años sesenta del siglo pasado, se produjo una serie de alteraciones tendentes a modernizar las celebraciones de la Bajada de la Virgen que afectaron de forma patente a varios de los actos del programa, entre ellos el de la traslación del trono. En los primeros traslados, con maneras de *cortejo típico*, eran principalmente las formaciones folclóricas de la isla y algunos particulares los que asistían con sus trajes típicos; pero a partir de esta década —y más concretamente desde las bajadas de 1975 y 1980—, se ha ido incrementando de tal manera el número de participantes, que podríamos afirmar que se trata de unos de los episodios del programa festivo que mayor número de asistentes atrae.

Este acto ritual votivo, único en el archipiélago, ha ido mutando hacia lo que hoy se conoce en Canarias como una *romería típica*, celebración que difiere mucho con lo que se entiende por *romería* en su significado más genuino: ‘viaje o peregrinación que se hace con la intención de visitar una deidad en su santuario’. Por el contrario, en nuestra región casi siempre designa ‘un acto de concurrencia masiva en el que es preceptivo ataviarse con trajes típicos o apaños que los simulen, en forma de cortejo procesional presidido por la imagen del santo patrón, precedido de algún colectivo folclórico con música y baile, carrozas con motivos bucólicos (a veces tiradas por yuntas de ganado vacuno), danzas rituales y, a continuación, el resto de los asistentes que busca la diversión con mucho bullicio y jarana’. En el caso que tratamos, muchos de los participantes desconocen lo que motiva dicha comitiva y su multitudinaria presencia eclipsa por completo a los pocos que, a duras penas, persisten en mantener las maneras originales de tan singular hecho. Esta circunstancia, que a primera vista puede parecer un factor positivo de gran respuesta popular y todo un éxito para sus organizadores —los cuales califican los resultados de los actos festivos programados cuantificando el número de asistentes—, conlleva una apreciable carga de deterioro de nuestro más genuino patrimonio etnográfico, en el que el ritual tradicional queda ensombrecido por las nuevas maneras de concebir el traslado.

El cortejo de la subida del trono —con personalidad más austera y con un protocolo también establecido por la práctica de tantos lustros— es menos numeroso y más íntimo, siendo el sentimiento que le embarga más adusto, en una mezcla de satisfacción para los vecinos de Las Nieves y alrededores porque la Virgen regresará pronto; al tiempo, también es de desazón para los habitantes de la ciudad y alrededores, los cuales ven cómo la Señora marcha para no regresar hasta transcurrido el próximo lustro. La ruta de la subida del trono asciende por el sendero de la Virgen, el mismo que en unos días segui-



Traslado de Bajada del Trono, ca. 1990

rá la patrona insular por la calle Real, calle de Los Molinos, llano de la Cruz, camino del Velachero y barranco de Las Nieves. Este trayecto, rústico en parte, era adecentado unos días antes por los paisanos de Las Nieves y sus alrededores para el mejor desarrollo de las dos comitivas que en pocos días deambularían por él.

La segunda mudanza a pie dejó de efectuarse desde la década de los años setenta, a causa de la poca concurrencia que se hiciera cargo del acarreo del ajuar mariano, con lo que el transporte se efectuaba por medio de vehículos a motor. Este hecho cambió a partir del año 2015, cuando se retomó el traslado del trono festivo a pie, recuperándose en gran parte el ritual que acontecía en esta práctica festiva, preámbulo del final de las celebraciones lustrales. Con los portadores de las piezas concurrieron a esta acertada iniciativa colectivos folclóricos ataviados con sus trajes tradicionales, entonando arcaicas tonadas votivas, principalmente tajarastes, sirinoques y romances, acompañados con sus responderes alusivos al momento, como «Venimos con alegría / con el trono de María», al son de toques de tambor, castañuelas, flautas y bucios<sup>5</sup>. Estos cortejos festivos —con apariencia, a primera vista, de meras caminatas colectivas sin otro fin que el puro divertimento— siguen manteniendo determinadas esencias que los caracterizan como celebraciones únicas en la región, convertidas en actos votivos en los que la Iglesia deposita en manos de los fieles el traslado de los enseres de la patrona, en los que tienen cobijo las tonadas tradicionales arriba mencionadas, paradigmas de las formas más primitivas de nuestra música tradicional, relegada en estos momentos a las celebraciones eclesiásticas en tiempo de Navidad y a las mudanzas del trono en los fastos quinquenales. También enriquecía esta singular comitiva la asistencia de participantes portando palmas —ancestral costumbre ya presente en la cultura greco-latina— y banderas blancas con la «M» de María, elementos alegóricos —estos últimos— alusivos a la patrona, ya que las palmas representan a la propia isla, tal como aparece en su escudo en manos del arcángel san Miguel, y la patrona está personalizada en las banderas blancas con la mencionada «M»<sup>6</sup>.

La bajada del trono acontece una semana antes del inicio de los festejos cívicos y dos semanas previas a la entrada triunfal de la efigie mariana en la capital palmense, coincidiendo con otro acto cargado de simbolismo como es el traslado e izado de la enseña de María en el Castillo de la Virgen, en el morro de La Encarnación. En este principio de las celebraciones se dan algunas concomitancias no casuales que aportan nuevas cargas simbólicas a estas singulares mudanzas: el primer traslado tiene lugar en domingo por la tarde,

<sup>5</sup> Caracola marina (*Charonia lampas*).

<sup>6</sup> POGGIO CAPOTE, Manuel. *Op. cit.*, p. 514.

siguiendo la misma ruta que tomará Nuestra Señora en su vespertina salida de bajada hasta ingresar en la parroquia del Salvador; de igual manera, se transporta el ajuar mariano saliendo de la parroquia capitalina a primeras horas de la mañana, transitando por las mismas sendas que unos días después conducirán a la comitiva de regreso de la Virgen a su habitual morada.

Estos dos traslados de bajada y subida del trono tienen en su embrión el hecho de haber sido producto de la iniciativa popular, que a lo largo de los lustros los han ido modelando en forma de comitiva votiva y que, a pesar de las inevitables mutaciones que con el paso de los años se han sucedido, siguen conservando sus esencias más genuinas con escasos parangones en el calendario festivo nacional.

Desde sus inicios, estas caminatas colectivas de transporte se han denominado *romerías de bajada y de subida del trono festivo* y así figuran en los programas oficiales desde su más antigua descripción conocida, la de 1815, aunque consideramos que esta nomenclatura no es la apropiada ya que estas mudanzas no reúnen las características de lo que este vocablo designa en nuestra comunidad. No se trata de una visita a una deidad en su habitual morada para celebrar su festividad o en cualquier otra fecha como cumplimiento de una promesa o por simple devoción; tampoco estamos ante una procesión presidida por un santo o virgen, con la concurrencia de carrozas, colectivos folclóricos y público en general que intentan evocar de forma idílica unas maneras basadas en el tipismo al uso en estas manifestaciones. Por tanto, nos encontramos ante unos hechos únicos, fundamentados en una tradición de más de trescientos años que, con algunas recientes adiciones —como la masificación, la interpretación de nuevos géneros musicales, el uso de los trajes regionales, etc.—, se mantiene viva en la esencia que la gestó, como fue el traslado del trono de la Virgen de las Nieves a Santa Cruz de La Palma para sus celebraciones lustrales, con un protocolo perfectamente definido por la práctica reiterada de tantos años y que ha permitido que se conserven en parte sus atributos originales.

A manera de conclusión, abogamos por un decidido anhelo de mantener estas celebraciones con sus características más genuinas, informando a los numerosos colectivos folclóricos de la isla cómo eran las antiguas maneras que acontecían en estos transportes: la interpretación de sirinoques, tajarastes y romances; comparecer con palmas, ramas y blancas banderas marianas —materiales que podrían ser facilitados por la organización—, vistiendo los variadísimos atuendos que la isla atesora y animándolos a servir de modelo para el resto de asistentes. Somos conscientes de que estas proposiciones serían puestas en práctica fácilmente en la subida del trono y que en el multitudinario cortejo de bajada las iniciativas sugeridas tendrían mayores dificul-

tades de implantación; no obstante, confiamos en que, con el ejemplo de la comitiva de subida, la situación se podría reconducir en las próximas celebraciones.

Sugerimos no referirnos a estos actos con la denominación de *romería*, por los particulares significados que en nuestra comunidad tiene este vocablo, que difieren notablemente con lo que realmente entraña dicha palabra. Creemos que se deberían retomar los antiguos términos de *traslados del trono*, que designan de forma clara el contenido que atesoran estas comitivas votivas. De igual manera, por su notable interés etnográfico y antropológico, apuntamos que el traslado de subida del trono se debe potenciar de forma eficiente, aunque tan solo fuera incluyéndolo en el programa oficial de actos civiles y religiosos, lo que ayudaría al público a planificar su posible participación. También se podrían facilitar a los asistentes los elementos simbólicos de vegetales y banderas blancas, enriqueciendo así este original hecho exclusivo de las fiestas lustrales.